

## Capítulo 5

### Un susto inesperado

*Jehová te guardará de todo mal; El guardará tu alma. Jehová guardará tu salida y tu entrada, desde ahora y para siempre. Salmo 121:7*



Ya hemos dicho que Isabel era una buena conocedora, a pesar de su corta edad, de algunas setas. Por ello, especialmente en otoño, solía hacer unas pequeñas escapadas a los montes de alrededor para buscarlas, normalmente acompañada por su hermano y primos mayores. Mientras ella rebuscaba por el suelo ellos cogían escarabajos ya que Toni tenía una buena colección de estos insectos, mientras que las mariposas eran las preferidas de Javier.

Ya de regreso con algunas piezas de setas o de champiñones en el cesto, el padre de Isabel las revisaba y daba el visto bueno para poderlas comer; entonces Brígida las preparaba de mil maneras.

Brígida era una mujer de mediana edad que ayudaba en casa en las labores domésticas. Ella llegaba cada mañana a eso de las 10 y solía marchar a las seis de la tarde. Los niños la querían mucho ya que prácticamente entró en la casa cuando nació Toni, por lo que conocía todos los niños desde pequeños.

Aunque Brígida se movía por toda la casa su feudo era la cocina y allí solía expresar lo mejor de sí misma: sus óptimas condiciones de cocinera y su sabiduría popular para combinar especias, hierbas aromáticas y productos de la tierra que daban a sus comidas un sabor inigualable.

Otra cualidad de la mujer, que a los niños les encantaba, era su alegría; por todo se reía y frecuentemente acompañaba sus guisos con unas buenas canciones que, la verdad, no eran precisamente de máxima actualidad ni de máxima calidad, pero eran canciones que contaban historias con final no siempre feliz; así era frecuente una canción a cerca de los amores imposibles entre una pareja de distinta posición social que solían finalizar con la feliz boda de ambos o con la muerte de alguno de los dos, o de los dos, según se terciase ya que la misma canción podía tener infinitos finales; Brígida solía improvisar muy bien.

Inés, la maestra, no estaba muy contenta de semejante explosión de alegría a todas horas ya que los niños solían interrumpir su clase para discutir y apostar acerca del final de una canción improvisada por Brígida; pero a pesar de las advertencias ella seguía cantando, ya que decía que el día que no cantara estaría muerta y bien muerta, y que la gente de bien debía ser agradecida y ¿Qué mejor que cantar para expresarlo?

Las niñas especialmente solían hacer visitas a la cocina donde Brígida siempre les daba algo de lo que estaba cocinando para que le dieran su opinión, aunque en realidad medio plato de natillas o tres croquetas, ¿no eran demasiado como prueba para una simple opinión?

Un día que Isabel había encontrado, en sus correrías, unos champiñones los llevó a la cocina para que Brígida los preparara. Entre varios de un color parduzco destacaba uno que tenía una bonita coloración rojiza.

-¡Tienes que esperar a que venga tu papá, nena! Ya sabes que yo no conozco las setas y no me atrevo a juntarlas con las que ya están seleccionadas desde ayer.

- Pero, Brígida- protestó Isabel- Si son exactamente igual que las que ayer escogió papá. Yo ya las distingo, papá me lo ha dicho. Y si no las preparas con el resto quedarán ahí estropeadas.



- Pues te digo que no- sostuvo Brígida- no quiero arriesgarme a un disgusto- y sin decir más salió de la cocina.

Isabel se quedó sin saber qué hacer y, al cabo de un rato, ella también abandonó la cocina.

La mañana pasó bastante lentamente, a juicio de los niños, ya que las clases de ese día no eran muy de su agrado, porque, ¡vamos a ver! ¿A quién le interesaban esa mañana los ríos de Europa? ¡Malos eran los ríos, pero ¿y las montañas?!

-No seáis zánganos,- les decía Inés a los mayores- quizás algún día vayáis a París y no sabréis ni el nombre de ese maravilloso río que lo atraviesa.

. ¡Vaya gracia! A París; si ni siquiera conocemos la capital de España.

¡Cosas más difíciles se vieron!- señalaba riéndose Inés

Pronto dieron las dos de la tarde, hora habitual de la comida.

Se dirigieron todos a la mesa situada en un anexo de la cocina y cuyos ventanales daban a la sierra y se sentaron a la mesa. Pronto la conversación se generalizó. Los padres de Isabel charlaban con Inés acerca de la marcha de los niños a estudiar a la escuela de Olivas cuando abriesen la nueva carretera y los chicos discutían de la posibilidad de acompañar a los cazadores en la próxima batida de caza de los venados.

Finalizada la comida cada cual volvió a su trabajo. Los chicos, Toni y Miguel se dedicaron extender los escarabajos recogidos para ponerlos luego en cajas; primero los pinchaban en el dorso con un alfiler muy delgado llamado entomológico y luego les iban estirando las patas adoptando posición lo más natural posible; pasados unos días se podrían quitar estos alfileres ya que, por estar seco el bicho, se mantendría la postura en la que se había colocado.

Luis sólo miraba y le daba mucha pena ver como atravesaba el alfiler el cuerpo duro del escarabajo, que aunque estaba muerto parecía que sufría.

- No sufre- decía Javier- ¿no ves que lo hemos dormido con éter y ha muerto sin enterarse? Pero Luis no se quedaba muy convencido.

Las chicas mientras tanto se dedicaron a hacer una manualidad que representase en ciclo del agua. Dirigía Isabel y Laura trabajaba la plastilina. En una cartulina pusieron plastilina azul, que era el río y unas montañas hechas con plastilina verde, pintaron un lago azul rodeado de tierra marrón y en el cielo dibujaron nubes de las que caía agua hacia la tierra. Finalmente con flechas indicaron como el agua que caía a la tierra iba hacia el río y este hacia el lago y finalmente unas flechas mostraban cómo se evaporaba hacia las nubes.

Estaban tan entretenidos con estos menesteres cuando Laura empezó a sentirse mal.

-¿Qué te pasa?- le dijo su hermana al verla temblorosa y pálida.

-No se, me da asco en la boca, sólo pudo decir antes de que vomitara encima del trabajo que estaban haciendo.

Todos los niños se volvieron a mirarla. Efectivamente estaba pálida y sus ojos extrañamente brillantes. Inés corrió hacia ella, pero en ese instante también Luis empezó a decir que todo le daba vueltas porque veía que unos escarabajos gigantes venían a por él. Y, ante el asombro de todos, comenzó a gritar y a dar manotazos terribles como si quisiera quitarse enemigos invisibles.

Isabel corrió a llamar a su madre y, antes sus voces acudió también Brígida. Ambas se asustaron mucho al ver a los semejante estado, pero, cual cuando también Isabel y decir tonterías mientras gigantes en la pared, uno y otra.



dos más pequeños en no sería su estupor Javier empezaron a señalaban moscas un muñeco gordo la

La madre mandó llevarlos a la cama y envió a uno de los pastores a buscar al médico. ¡Cuánto lamentaba que no le hubieran puesto aún el teléfono! ¡Todo era más difícil estando lejos del pueblo y sin carreteras adecuadas!

Y mientras esperaban la madre se turnaba en ir de una habitación a otra para ver cómo estaban los niños. Toni y Miguel se miraban, esperando en cualquier momento que también a ellos les pasara algo, pero transcurrían los minutos y no se encontraban mal.

Laura volvió a vomitar, y luego Luis, y parecieron quedar algo mejor. Sin embargo Javier e Isabel continuaban con sus alucinaciones y unas veces Inés y otras Elena les tenían que asegurar que no había ni moscas ni muñecos pululando por la casa.

Elena estaba asustada y, como siempre hacía cuando algo inusitado ocurría se puso a pedir s Dios protección para los pequeños y sabiduría para saber qué hacer hasta que viniera el médico. Y recordó un salmo que dice:

*Porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza, al Altísimo por tu habitación, no te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada. Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos....*

Y al tiempo que los arropaba y ponía paños frescos en la frente, ya que parecían tener fiebre, iba recitando mentalmente el salmo 91 lo que la calmaba recordando las promesas de Dios.

Mientras esperaban, los dos mayores y las mujeres estuvieron hablando acerca de cuál podía ser la causa de la repentina enfermedad. Todo parecía señalar a que habían comido algo que no estaba en buen estado. Y repasaron los alimentos que se habían servido durante el almuerzo: unas judías verdes con jamón y un conejo guisado con verduras y, finalmente, fruta y yogur. Nada de eso parecía encerrar un peligro. El jamón era de la casa y ya lo habían comido con anterioridad, el conejo era fresco y la verdura era la habitual.

- Brígida- llamó Elena con ansiedad ya que se le había ocurrido algo- ¿alguien comió setas?-

- No, no las he preparado todavía pues pensaba dejarlas para la noche - contestó rápida Brígida

- No se qué puede ser. Nunca nos había ocurrido esto. Además todos hemos comido la misma comida y no nos ha pasado nada. ¡Dios mío, cuánto tarda el médico!

Ya era noche cerrada cuando, por fin, llegó el médico excusándose ya que cuando el hombre llegó al pueblo a buscarle estaba visitando a otro paciente.



Subió a la habitación de los niños y uno a uno observó su estado, les miró lo ojos, la lengua, les apretó en el estómago, les tomó el pulso, les auscultó. Los niños ya estaban más sosegados y Javier e Isabel ya no parecían tener alucinaciones.

¡Que extraño! Dijo el médico una vez que se les informó de lo que habían comido los niños- Todo parece una intoxicación por algún alimento. ¡Es necesario saber si han comido algo especial!

En ese momento estaban en la habitación donde yacían Laura e Isabel; esta última, que ya había dejado de ver muñecos, estaba amodorrada. Sin embargo, al oír al médico abrió un ojo y atendió a la conversación. Luego llamó con voz débil a su madre.

- Mamá – le dijo cuando estuvo a su lado- creo que hice algo mal. Traje unas pocas setas esta mañana y las eché en el conejo, como he visto hacer a Brígida muchas veces.

-Pero, pero- tartamudeó la madre adivinando lo peor- ¿se lo dijiste a Brígida?

-No ella me dijo que esperara a que las viera papá, pero eran iguales a las de otros días; sólo había una un poco diferente. Roja con puntitos.

La madre lo contó al médico, quien viendo que los niños iban mejorando tranquilizó a la madre.

-¿Pero cómo no nos hizo daño a todos los que comimos del mismo guiso?

- No es extraño- aclaró el médico- los efectos nocivos de algunas setas o venenos dependen no sólo de la potencia del veneno sino de la dosis que se tome o de la edad o estado físico del que lo ingiere. Aquí, por lo que veo, sólo ha actuado sobre los más pequeños. En fin, creo que un día a dieta les pondrá nuevos. Y espero que cuando Isabel se recupere le adviertan del peligro al que se ha sometido ella misma y ha sometido a los demás por su imprudencia. De todos modos si hubiera habido más cantidad de esa seta, ahora estaríamos hablando de otros problemas mas graves. Den gracias a Dios de que no ha sido así.



Al día siguiente ya todos se encontraban bien, eso sí, algo débiles y con ganas de estar en la cama. A la hora de desayunar Elena se sentó en la cama de su hija, mientras ésta tomaba leche bebida.

-Espero Isabel que seas consciente de que por tu desobediencia has estado a punto de envenenar de forma grave a toda la familia. ¿Por qué lo hiciste?

- Es que pensé que ya conocía bien las setas, pero me equivoqué, lo siento- concluyó con lágrimas en los ojos.

- Bien, dijo su madre- gracias a Dios todos os vais recuperando; ahora bien, creo que tu desobediencia a Brígida, que es la responsable de la cocina, merece un castigo, ¿estás de acuerdo?

Isabel no podía por menos de reconocer que su imprudencia había sido muy peligrosa, así que estuvo de acuerdo en recibir el castigo que su madre le iba a infringir. Seguramente sería no ir a la cacería con sus hermanos mayores, pero al fin y al cabo ya tendría otra oportunidad, siempre y cuando no comiera setas desconocidas.

Pasados dos días ya estaban correteando por la casa y entonces los hermanos empezaron a tomarle el pelo y llamarla “envenenadora” Al principio ella se reían, pero luego empezó a molestarse. Menos mal que su madre intervino de manera fulminante y les prohibió semejante broma.

Isabel se temió que nunca más le dejaran traer setas a casa lo que le disgustaba más que el castigo prometido por su madre. Y como ella esperaba, se tuvo que quedar en casa cuando Miguel, Toni y Javier se fueron a la cacería una madrugada con su padre, tío y otros amigos de su cuadrilla.

¡Cuánto le hubiera gustado ir! ¡Que experiencia se estaba perdiendo! Y lloró a solas cuando se vio rechazada por haber cometido un acto de desobediencia.

Cuando los cazadores volvieron por la tarde, cansados pero felices, contando de manera exagerada sus aventuras de caza –ese día no se cazó mucho, no- su padre la llamó a la sala y le dio un paquete que tenía detrás de otros libros en la librería. Isabel lo cogió y después de que su padre le diera permiso, lo abrió. Quedó maravillada porque delante de ella había un magnífico libro sobre las setas beneficiosas y setas peligrosas, forma de reconocerlas en sus distintas fases etc.

¡Uf!, que alivio. Eso significaba que su padre no le iba a prohibir seguir cogiendo setas, pero ahora lo haría con más cuidado y con más conocimiento.

-Gracias papá- me lo voy a estudiar muy bien.-dijo encantada de saberse perdonada.

Y desde ese día Isabel se volvió una verdadera experta en micología, que es la ciencia que estudia las setas.

También en esta ocasión Inés aprovechó para aplicar la experiencia a la vida espiritual de cualquier persona.

Y contó cómo una vez los obreros sembraron un campo con trigo, pero por la noche un malvado vecino, por envidia, sembró otra planta muy parecida: la cizaña. Primero no se notó nada pero cuando fue creciendo lo sembrado ya empezaron a distinguirse que había dos tipos de cereales; uno era bueno, el trigo y servía para alimentar de manera eficaz a las personas, pero la cizaña apenas valía para nada. Cuando quisieron arrancar la cizaña se dieron cuenta que era muy difícil distinguir ambas por lo que esperaron a que creciera más y así no confundirse.

De la misma manera, concluyó Inés. En nuestros corazones se pueden sembrar cosas buenas pero también entran cosas que aunque parecen buenas pueden, al desarrollarse, dar malos frutos.

-¿Pero qué cosas? Dijo Isabel que no olvidaba que aunque había setas nocivas muy similares a las buenas, su efecto era muy diferente.

- Hay muchos ejemplos- respondió la maestra- Si ayudas a alguien para que piensen lo buena que eres, eso es orgullo y si ayudas a alguien simplemente porque lo necesita, sin esperar nada a cambio, eso es bondad. ¿Entiendes la diferencia? En ambos casos alguien se beneficia pero ¡cuidado! En el primer caso estás cultivando tu orgullo, y en el segundo caso estás cultivando la caridad. Y el beneficio para ti es bien distinto. Quiero que recordéis una frase del apóstol Pablo. “todo me es lícito, pero no todo me conviene”. Aunque pueda comer de todo, aunque pueda actuar de maneras muy distintas, no todo es beneficioso para nosotros o para los demás.

Isabel, especialmente, y todos los chicos, decidieron estar muy pendientes no sólo de lo que comerían para que no les metieran “gato por liebre”, es decir que no les engañaran; también estarían pendientes de las actitudes que hubiera en su corazón.

M.L.V.Cuadros

